

En la naturaleza nada hay moral ni inmoral, como nada bueno ni malo, sino una sucesión fatal, ó por mejor decir, necesaria, de causas y efectos que obran inconscientemente. Citaré una fábula de Campoamor:

Pasando por un pueblo un maragato,
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Le asió la cola por detrás del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entonces el sensible macho,
Pegó una coz y derribó al muchacho.
Es el mundo, á mi ver, una cadena
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza ajena
Redunda en nuestro mal por carambola.

Ahora pregunto: ¿será un delito jugar con el rabo de un animal? No seguramente; pero es forzoso, dadas estas condiciones, que el muchacho reciba una coz.

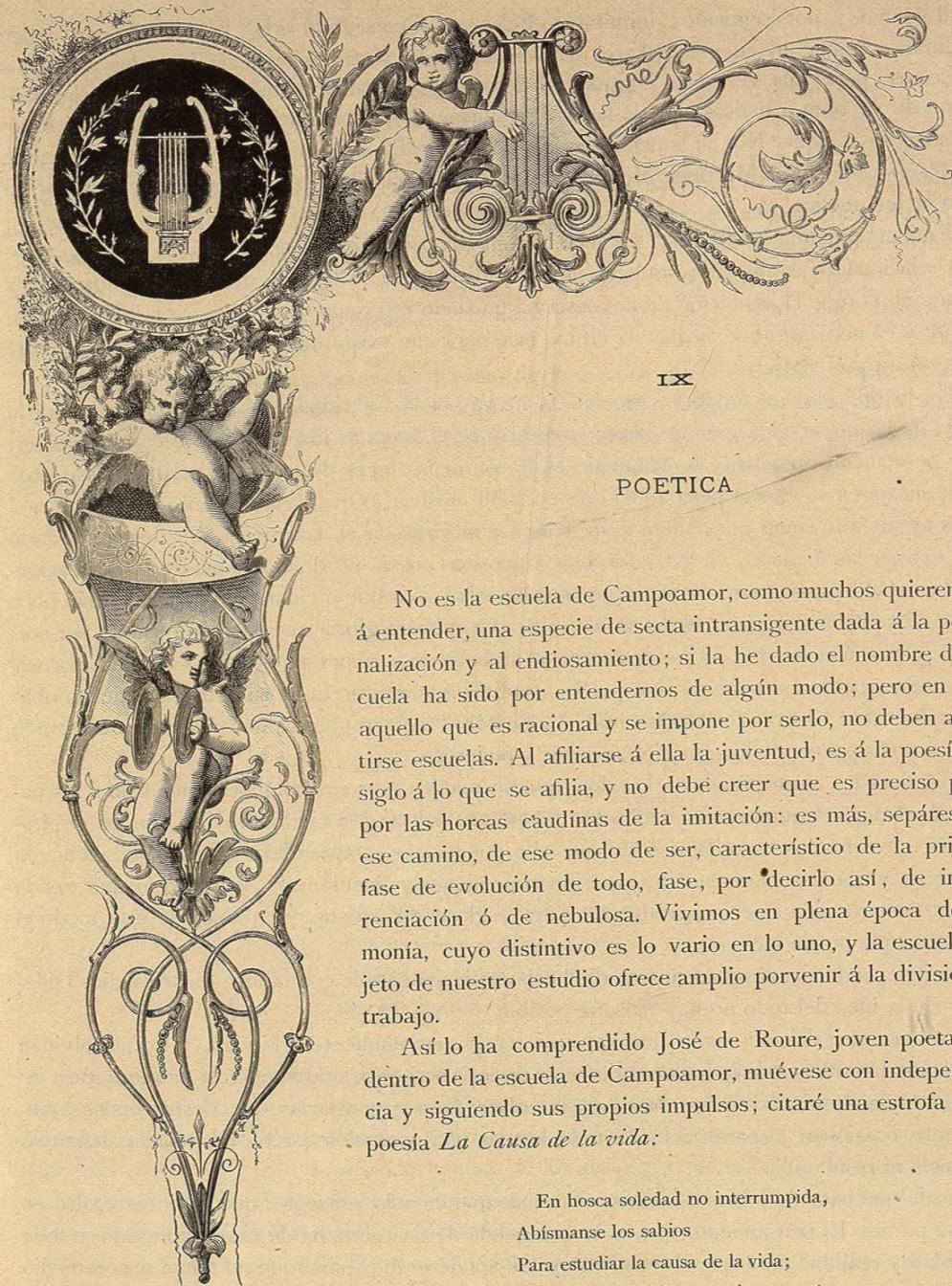
La muerte, que es transformación, no puede ser castigo sino en cuanto privación de goces; encomendar á ella la solución de los problemas, es dejarlos sin solución, y no se desprende moral ninguna de todos los asesinatos de la escuela romántica; mientras que la encierra, y muy grande, cuando es consecuencia de una vida sin objeto, como la de Ginés en *La Lira rota*, y la de Rosa en *Las Tres Rosas*; porque rotos los lazos que los anudaban á la vida, si continuaran viviendo serían un sueño y no una realidad; quedarían flotando sin punto de apoyo, porque no hay fin que los atraiga, y, desligados de todo, son un cuerpo extraño que el organismo social elimina, pudiendo decir de ellos, como Campoamor de Honorio, que

... su triste vida
No tiene más objeto que la muerte.

Véase cómo la moral fundada en la naturaleza resulta siempre, y nunca la que se apoya en los convencionalismos sociales; así, si no significa nada que un marido tome venganza de lo que él llama su deshonra, encierra una moral grandísima que un libertino se encuentre castigado con la prematura impotencia y aniquilamiento de su organismo, como el protagonista de *Vida alegre y muerte triste*, ó el *Don Juan* de Campoamor: que aquél es, en rigor, este propio tipo, llevado por el señor Echegaray al teatro.

He aquí la única moral. El universo entero, y lo mismo la sociedad, pequeño mundo dentro de aquel otro comprendido, regido por los mismos principios y subordinado á las propias leyes, no es otra cosa que un inmenso matraz donde, sin que nada desaparezca, la acción y la reacción son constantes. Cada uno de los individuos se halla en la situación de esas esferas de marfil del aparato de física que transmiten á la esfera de la derecha la energía que por la izquierda reciben y ora es acometido, ora acometedor, y nada en él termina ni de él procede, porque aquello significaría muerte y esto nacimiento, palabras sin sentido en el orden absoluto de las cosas, en que nada perece ni se crea.

Tal es la única moral: la moral en que todo hecho lleva en sí su sanción, sin que ésta venga de fuera á erigirse en juez arbitrario, ni se apele á los lugares comunes sobrenaturales, cómodo subterfugio para eludir la explicación de un hecho cuya razón se ignora; moral universal y eterna producida por una simple ordenación de causas que pudiéramos llamar de FÍSICA-SOCIOLOGICA, ciencia futura que ha de nacer de la biología y la mecánica.



IX

POETICA

No es la escuela de Campoamor, como muchos quieren dar á entender, una especie de secta intransigente dada á la personalización y al endiosamiento; si la he dado el nombre de escuela ha sido por entendernos de algún modo; pero en todo aquello que es racional y se impone por serlo, no deben admitirse escuelas. Al afiliarse á ella la juventud, es á la poesía del siglo á lo que se afilia, y no debe creer que es preciso pasar por las horcas caudinas de la imitación: es más, sepárese de ese camino, de ese modo de ser, característico de la primera fase de evolución de todo, fase, por decirlo así, de indiferenciación ó de nebulosa. Vivimos en plena época de armonía, cuyo distintivo es lo vario en lo uno, y la escuela objeto de nuestro estudio ofrece amplio porvenir á la división de trabajo.

Así lo ha comprendido José de Roure, joven poeta que, dentro de la escuela de Campoamor, muévase con independencia y siguiendo sus propios impulsos; citaré una estrofa de su poesía *La Causa de la vida*:

En hosca soledad no interrumpida,
Abísmanse los sabios
Para estudiar la causa de la vida;
La causa de la vida.... ¡pobre gente!
Al reunir tus labios con mis labios
La aprendemos los dos frecuentemente.

La crítica severa de que son objeto los que siguen las huellas de Campoamor depende de que han tratado de imitarle en su especial estilo, es decir, en lo que es puramente per-

sonal y suyo, y por lo mismo, inimitable. Feliz yo, si consigo abrirles los ojos: lo que deben procurar es tener en cuenta al hacer el planeamiento y distribución de la idea, los principios expuestos; pero una vez esto logrado, el desarrollo y desenvolvimiento del asunto, la realización de la obra artística, han de hacerlo conforme su temperamento, su modo de ser especialísimo lo indique. No ha mucho tiempo que indicaba esto mismo desde las columnas de *La Opinión* al señor Martínez Medina, á propósito de su libro *Góticos*, que recientemente ha visto la luz pública.

Eminentemente sintética esta escuela, hay en ella gran número de elementos heterogéneos, pero relacionados en unidad: esta es la única condición que se impone de un modo absoluto; y se impone porque la evolución de la poesía ha quedado retrasada, está todavía en la fase de variedad, y es necesario que alcance la última fase para que exista un acoplamiento perfecto entre la literatura y el siglo.

Por lo que hace al fondo, se requiere, y no ya por la autoridad de Campoamor, sino por la fuerza de las cosas, elevación de ideas: es decir, que el poeta se inspire siempre en algo universal y permanente: practicar lo contrario es ir contra las leyes de la historia. En general cada poeta encaja en su época; pero aquel que no sabe mostrar lo que hay de eterno en la evolución á que asiste, á lo sumo responderá á su tiempo y morirá con él. La razón, al ir destilando todo para extraer las esencias, ve con desprecio que esa poesía no deja residuo de la destilación.

Ya verán — ó más bien, no verán por fortuna suya — los que olvidan esta máxima cuán poco queda de sus obras, y cómo se llevan al sepulcro la efímera gloria que han conquistado por sorpresa. ¡Cómo han muerto *del todo* poetas que algunos de sus contemporáneos creyeron eternos! Su nombre apenas es conocido sino por los eruditos que, en fuerza de saberlo todo, tienen obligación de saber hasta lo fósil. ¿Qué más? Véase cómo en bien pocos años, el siglo ha enterrado vivos á otros poetas de imaginación fecunda y poderosa.

Sucede á los improvisadores de salón, que no pueden leer sus composiciones sino á los parientes y amigos á quienes van dedicadas, y esto una sola vez, á raíz del suceso que los inspirara: y es que refiérense en ellas á cosas que sólo pueden ser comprendidas por los que están en el secreto, y que aun para estos no son sino impresiones momentáneas. Así, todo lo que tienda á la particularización es contraproducente para la gloria del artista, que reduce de este modo el campo en que puede moverse.

La independencia absoluta de un solo hecho es incompatible con la idea del todo, dice Diderot, y sin la idea del todo no hay filosofía posible.

Pues esa idea del todo es lo que hay que tener continuamente á la vista, y lo que olvidan con deplorable frecuencia la inmensa mayoría de los escritores, originando así una literatura incoherente y anárquica; conjunto de cosas sin enlace; fuerzas contrarias que, destruyéndose mutuamente, ocasionan la paralización, ó todo lo más una oscilación estéril, sin señalar definitiva tendencia ni resultante.

Por lo que hace á la forma, tampoco hay más que un solo precepto: que la idea resalte en toda su pureza. El pensamiento, que es lo que queda de una obra, ha de estar expresado en toda su verdad y realidad para que el lector, no ya se apodere de él, sino que no tenga más remedio que apoderarse.

La palabra, como pura forma, no se concibe: es un traje con que la idea se viste para penetrar por los sentidos, y ha de estar hecho á la medida. Si muy estrecho, la deforma: si muy amplio, borra sus contornos. Repugna en el primer caso: apaga toda concupiscencia de posesión en el segundo; que es sobrado trabajo devorar tanto hojaldre para saborear poca crema, y ya Tirso de Molina decía:

Dad al diablo la mujer
Que gaste galas sin suma:
Porque ave de mucha pluma
Poco tiene que comer.

El estilo, en cuanto entonación poética, no puede reglamentarse: se ha abusado mucho de la palabra estilo, y á pesar de la frase de Buffon, el estilo tanto pertenece al hombre como al pensamiento que en un instante determinado se expresa. Salvo el caso en que el humorismo lo trastorna todo para gozarse en la antítesis, cada idea debe vestir el traje que le es propio, y por lo mismo el poeta, atento siempre á esculpir sus ideas en el cerebro del lector, debe tener todos los estilos.

Esta es exigencia así de la naturalidad como de la estética: de la primera, porque sería una arbitrariedad insoportable cantar con plectro igual así un asunto trágico como un idilio, y el estilo debe amoldarse á cada una de las facetas del pensamiento humano. Así Campoamor, ante las maravillas de la industria exclama con acento épico en *El Tren expreso*:

¡Oh mil veces bendita
La inmensa fuerza de la mente humana
Que así el ramblizo como el monte allana,
Y al mundo echando su nivel, lo mismo
Los picos de las rocas decapita,
Que levanta la tierra,
Formando un terraplén sobre un abismo
Que llena con pedazos de una sierra!

y poco después hace escribir á una mujer enamorada y moribunda la siguiente estrofa, en que el estilo es por completo distinto:

Me rebelo á morir, pero es preciso.....
¡El triste vive, y el dichoso muere!.....
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!

Es exigencia de la estética, porque una serie de impresiones distintas puede ser motivo de placer; pero una sucesión de sensaciones idénticas fatiga nuestra sensibilidad, y nos hastía por lo mismo. La imperturbable monotonía del clasicismo produce sueño por cansancio de nuestra excitabilidad nerviosa, y sólo el desconocimiento de los principios de lo bello ó lo que es igual el desconocimiento de la fisiología de los centros nerviosos pudo inspirar aquellas obras inmensurables, escritas con una entonación poética uniforme.

Esto es prueba otra vez de la necesidad de algo fundamental, hilo de Ariadna que dirija y encauce: podrán sacrificarse impunemente todos los preceptos autoritarios en holocausto á la ley de la propia realidad; pero esta ley sólo puede ser violada á la manera que lo hace el suicida con la de conservación: siendo él el único perjudicado, y entregando á la sociedad su cadáver para que lo cubra á paletadas de burla ó de desprecio.

El anhelo de la originalidad há lanzado muchas veces á los poetas en los más deplorables extravíos. Como no hay, en cierto modo, en el mundo natural generación espontánea, tampoco